

poesía

Pájaro en el espacio



Geovani de la Rosa



FLECHA ROJA EDICIONES

Pájaro en el espacio

Geovani de la Rosa

Ciudad de México, Agosto de 2016.

A mi familia

Los aduaneros norteamericanos le negaron el derecho de entrada a una escultura de (Constantin) Brancusi, cuyo título era *Pájaro en el espacio*, so pretexto de que no era figurativa en el sentido en que lo entienden los simples, es decir, tan parecido a la realidad como una imitación, una copia. Constantin Brancusi había realizado esa obra no para mostrar a un pájaro en acción, sino para fijar la figura que suscita, en el alma del artista, el recuerdo de un pájaro que vuela en el cielo.

Michel Onfray, *La construcción de uno mismo*

Esto no es un pájaro que vuela, sino la idea de un pájaro que vuela.

Constantin Brancusi

sin forma de partir con forma de pájaro

Mario Montalbetti, 8CCPP

ESTO NO ES UNA AUTOBIOGRAFÍA, ES UN FRAGMENTO DEL UNIVERSO.

REPRESENTACIÓN DE UN SER ALTERÁNDOSE

Estoy a punto de la noche. Extravío.

Ningún parloteo se presenta en la hoja
en blanco y charlatanes moran frente
a las paredes. Rondan.

Afuera los cerros brindan, se entregan
a la baja temperatura.

Ya recuerdo la grafía aquella
apartándose de un anuncio de neón;
el pensamiento escolar de pies a cabeza;
el narcótico que impone
una nueva ley de comunicación.

Estoy con la palabra dura en la punta
de la lengua. Éxtasis. Risa. Tartamudeo.

La invidencia para bajar al infierno
y recobrar la memoria. Estoy.

Y los niños brincan en la casa de al lado.

Y las ratas escupen fetos.

Y la mujer descansa en un sueño de azúcar.

¡Poco importa!

Estoy, ya distante de fantasmas. Ando
seis millas por encima del suelo,
mareado, sorteó la lógica del idioma.
Doy rotaciones en la esquina del cuarto
con tal de sofocar el olor a cadáver
que desprenden las palabras.

I. Imagen propia

Hay un mundo para todo nacer,
y el no nacer no tiene nada de personal,
es meramente no haber mundo.

Macedonio Fernández

Figura n. 1

Nací y como todos
tengo derecho a repetirme
en un espejo o en la alerta sísmica
que se activa en vano. Nací
algo predispuesto al fin de siglo.

Cierto día
en que dios no estaba enfermo.

De un hombre vaciado de semen
y una mujer con los pies en el horizonte.

Nací en la distorsión del Trópico.
Con un lote de enfermedades y mutilaciones
bajo el brazo. Como una tormenta
erigiendo bahías y poniendo en orden
las cosas y las casas
crecidas en lo informe del cerro.

Nací,
de esta manera:

un hombre encalla / en un barco / construido por tiburones.

Figura n. 2

Mi cuerpo es una voluta de humo.

Retorno al hipocampo marino

donde no queda huella

de algún esqueleto. Es arena podrida.

Con intranquilidad platico

sobre las aves que merodean la bolsa

de basura en el patio. El murciélagos

se reproduce en un hueco de la catedral.

Nervio roto.

Este cuerpo es un paraíso desmontado.

Libre de pactos geológicos e imaginería arquitectónica.

Libre de pueblos en ruina y oficios agotadores.

Tapo el sol con mis veinte dedos

y la luz es un clavo devorando mi carne.

Esto no se trata de colores intensos

ni preguntas esenciales para la familia.

Esto es un cuerpo que balbucea senilmente.

Figura n. 3

Rastreo tálamos que no me pertenecen.

La noche pasa veloz.

Mis pulmones tumban portones. Fumo.

La tristeza se pasea en el transporte
público. Sostengo estatuas. Brotan erizos
en mis hombros. La enfermedad
que radica en el otoño. Silencio. Ceguera.

La horca para no olvidar
la experiencia nómada de mis pies.

Rastreo el sueño de las ballenas. La noche
es una casa calcinada por una tormenta.

Desde mi ventana la bahía parece un vaso roto.

Un insecto como centro del problema.

La noche. Llueve un poco. Mi pulso
recupera su memoria genética,
la propia invención,
contemplo el mar desde una cama ajena.

Figura n. 4

Vigilo una máscara de plástico.

En su contorno

encuentro algo de mí:

la pereza creativa

o

la imaginación sin ritmo.

Caída. Aire sin destreza. Lo artificial

de una huerta frente al mar.

Me sitian los cristales de la resaca

y la soledad merodea la estufa,

un huracán en busca de hospedaje.

A veces tomo una cerveza

y duermo. Si pudiera explicar

el júbilo de mi trote acuático. Las palabras

se reclinan ante el cacique de la jungla.

Estoy: me hundo. Troto. Busco

la gramática para negar la psicología.

Medito. Guerreo contra el espíritu familiar.

Algo falta. Disfraz de medianoche.

Vigilo la bondad y la maldad

acumuladas en postes de luz, en cajas de pago.

Afuera, se proyecta con esmero
la estética de un ejemplo prehistórico.

Salgo. Comparto un lenguaje
sin vida con cada uno de mis muertos.

Torso de hombre joven I

Teorizar (el principio)

sobre esta falta de destreza,

mi contrariedad

hacia los seres colectivos.

Nada rompe la intrepidez

de un mar de fondo y quisiera

(en desborde) saltar precipicios, a-

saltar bancos de arcoíris o (simplemente)

zoológicos que no cuidan

animales en peligro de extinción.

Cada robo será un mamotreto

perdido (la mujer se esconde),

pues (forma negativa) es la estructura humana

lo que me desalienta, lo que no existe,

lo que me provoca intolerancia (a la lactosa

desde niño soy) a la convivencia sana,

en la intranquilidad

de criaturas que se dan de tumbos,

gritan,

escuchan música (rancia) del siglo pasado.

Lo que digo (pienso):

el salario no es suficiente
y cada noche
vuelvo encolerizado a casa
con tal de cortarme (a base de hierbas tropicales)
esta calentura azul
por cercenar las cabezas
que vagan en mi conciencia.

Figura n. 5

Nací en 1986. En pleno
simulacro sísmico-tsunámico.
En circunstancias que no recuerdo.
Desde entonces acaricio perros callejeros.
Lo azul que dejan las tortugas.
En 1986, todo existía
como la lepra que extinguió
las costumbres de mis abuelos.
Digiero el habla con lentitud.
Nací y por eso me desvelo.
Observo la bahía. Sueño que navego,
sin fronteras ni pasaporte, la topología
de aquello que no existe.
Panteón. La técnica ancestral
de un sentimiento. Nací
destapando coladeras, enredado
en el pelo de mi madre. Nací
con la memoria limpia. Orinando parabuses
y otras zonas de entretenimiento.
Nací: escupo los murales
de belleza imposible, malabareo

con la certeza del profeta.

Nací en la circunvolución

de un sueño

que se estira con desmaña.

Figura n. 6

Yazgo. Observo

la espalda del mar. Hay una infelicidad-
carcinoma en mi cerebro. El malecón
tiene pixeles de África.

No sé si pacificar las malas noticias.

Salir. Tropezarme sin tregua
con una lata de sardina. Patearla. Nostalgia.
¿Un taxi podría ser una postal grata
de Santa Lucía? Yazgo. Luego el cielo
se fragmenta en leche cortada.

Merodeo una máquina de violines, flores, secretos
descuartizados en temporada de lluvias.

En breve, un delfín ronroneará la casa, pedirá
tercamente un miembro del gato
para curarse el hambre,
se balanceará en el sofá
como a quien nunca satisface la perfección.

Yazgo. Muerdo la tristeza dócil
de los árboles. En caída libre. Conjugo
la estría mortal de los signos.

Figura n. 7

Huyo de la ignorancia y del ganado

de cristal. Paseo en el Zócalo.

El principio. Dicen

que el mar perdió la razón.

Derribó murallas, restaurantes. Invadió

la avenida principal. Dicen: remolinos.

Esto es un caos transformado en caballo.

Galopa. Relincha. Muerde hierba,

su propio humus. A la deriva. Aquí

ya no queda rastro de equino alguno.

Ni de mí queda rastro.

Es el espinazo de Mefisto. El guardián

que no acude. Mi boca devastando

las palabras del pueblo.

Música de un jardín a oscuras.

Es verano.

Mi pasado cuelga de un árbol seco.

Me tambaleo

en los estudios geométricos

de mis huesos.

Los someto. Los descalcifico.

Esto es un cuerpo que sueña con marejadas.

Esta escritura es una industria de peces

recién abierta, en bancarrota.

Mis pupilas van directamente al orgasmo.

Hastío. Poca monta. Esta pose agresiva.

Las garras del mar, dicen,

marcan la coordenada exacta

donde empieza mi vida.

Torso de hombre joven II

Imaginar la concordancia

de 5,6,7,8 cuerpos agitando la frontera (invisible)

de su libertad. Mis restos (monotonía) en medio

de la tribu conversativa. Otra vez

ando perdido en los semáforos

nocturnos de Santa Lucía. Otra vez busco

la luz intestinal (estudios de bachiller) en alguna

hoguera del parque. La sabiduría. Sueño.

La técnica se puede

ir al carajo; su coraje. También

estos apuntes de una realidad (en espiral)

que no procede a desintegrarse

conforme lo tengo convenido.

Es el oleaje de la ciencia lo que niego,

lo que me provoca,

convulsiones suicidas. Porque (ya más serio)

lo que somos: ¿es una soledad que discute,

se contrapone (con amabilidad) al futuro?

Pero ya no queda espacio en el laberinto de la historia.

Llego. Mando al patíbulo a la crítica

(alta definición) del televisor.

Lo que se dice ahí:

todo suceso humano deriva en un subterfugio irrefutable:
tribus limitando su libertad a cambio de adherirse,
respetar (en busca de fortuna)
los manuales
de relaciones recíprocamente
multitudinarias.

Figura n. 8

Nací en un paradero
desconocido y mi única certeza
fue recortar edificios con mi aliento.
Sin vista al mar. Pescando resfriados
cada quince días con sus noches paralelas.
Tan lejos de la civilización
que la tesis incautó mis pulmones.

Nací mientras mi padre departía hipótesis
sobre la economía moderna. Barrio oscuro,
música labrada con cuchillos y macanas. Nací algo
amarillento de la sangre. Entre preguntas
imprecisas y un matrimonio turbado
por la política. Terco
como cualquier insecto aterrizando
en un plato de comida.

Con la esperanza
por los suelos y los ojos estancados
en los árboles. Nací y desde entonces
la vida me parece una plaga
de corazones fantasma, orificación,
especies salvajes tendentes al aneurisma,

memoria desprendida, ruina; la vida:

método antropófago

moldeado

por el

silencio.

Figura n. 9

Modulo la voz en plena canícula,

tarde para lanzar risas rabiosas.

En alguna latitud el mar termina, la infancia

que nunca vuelve: ¿termina?

Sexo lubricado con ácido. Memoria mal-

enhebrada. Pregunta sin resaca. Soy yo

contestando una encuesta ecológica. Soy la tumba

de mis tíos y mis primos. Soy: un barco

que invade arrecifes sin misericordia.

No elegí esta playa de plástico

como guarida

ni sentarme en un parque

a explorar mi exantema.

Es el mar que vomita sal, una cicatriz

de cemento en el pecho. El tiempo dicta

sentencia: corazón-crisantemo

con sensación de vacío.

Abandono mi cuerpo a mitad de calle

y las ratas enseguida vierten

su opinión caníbal. Mi voz

se ruboriza.

En alguna parte, alguien
dibuja la miseria de mi pensamiento.

Y no me quedan monedas
para aventarlas a su sombrero.

Figura n. 10

Trago saliva. Mi cuerpo es
una hoguera, una fuerza desbrozando
la interrupción de las horas.

Escucho el lamento de tiburones
heridos, sin posibilidad
alguna de llegar a buen pueblo. La garganta
me punza en busca de canto, de sangre,
en busca del estertor
que dejan los fantasmas
a su paso. Mi cuerpo se ahoga
en venganzas y té amargo.

Desempaco la tierra podrida
que recolecté esta noche, las sombras,
el dolor de un dialecto en la punta
de mi lengua. Tilapias, ciruelas,
prendas íntimas en la playa. Entonces,
tengo miedo, me agoto.

Todo marchará conforme a lo planeado,
aunque no hay plan maestro.

Desbarajuste, rotación a ninguna parte,
el reloj se atrasa cinco segundos.

Me ilumino la garganta. Mi cuerpo

es una caja de ilusiones

que se dirige en línea recta

al paredón.

Figura n. 11

piensa como un espejo

Inger Christensen, *Alfabeto*

Pienso como piensan quienes

visitán un arroyo seco,

como los vendedores de destinos.

La carne, la muerte, la visión de un gesto

en altamar. Pienso con el insomnio

desplegando alas, gas lacrimógeno, hipnosis,

en mitad del cuarto. Distribuyo oxígeno

en los autoservicios y pienso

como el liquen tóxico de abril,

como un mamífero sin pareja

preocupado por la reproducción de la especie.

Tengo los tobillos rotos, algunos dedos.

Esta noche busco un contrincante

que me arranque la muela y algunas tormentas.

Mis antepasados fundaron 10, 20, 30, 40

ciudades y ninguna me pertenece.

Ni siquiera las he pisado.

Pienso que mi casa está a la vuelta, mi libertad

está a la vuelta de la esquina: el silencio es
una esquina roja, aquí a la vuelta. Me unto en los ojos
la mierda de los perros y veo peces
ahogándose bajo la regadera. Hoy necesito
darle vuelta al paisaje y pensar
como pensaban los humanos primitivos
que soportaban el ardor en los ojos
mientras fundían metales, lenguas,
una torre de palabras.

Torso de hombre joven III

Proclamar el dolor en la espalda
y ponerle un alto (rectángulo de abandono,
deformación), la materialidad de una lápida
invadida por la hierba. Proclamo:
tormenta de sal a las 3
de la tarde (álgebra de una ola). Descuartizo
cangrejos sin prestar atención al anuncio
que prohíbe la pesca. Una estrella guillotinada
por mis pupilas (fosa clandestina). Me duermo
como si el pensamiento tuviera un refugio:

ESTO

NO ES UN POEMA,

ES MI VUELO

EN SILENCIO.

Persisto en la persecución de fantasmas, iguana,
olvido, necedad por dibujar siluetas
femeninas, vaquita marina, y responder
que se trata del mar en hora pico. Podría relatar
cada cicatriz de mi voz, cada parte del cuerpo
que ya no me funciona. Apelación
al realismo. No. Lo que intento

es proclamar la retrospectiva de mi vitalidad,

(fotografía: yo espécimen en brazos de mi madre).

Intento: la comprensión del alfabeto

estéril con el que se comunican los gnomos

en una plaza pública.

II. Noticias biográficas

Escribir es más que vagar: es morir y sobrevivir.

Pascal Quignard

ESCRIBIR: FALSIFICAR CUENTAS.

[26 de septiembre, 2001. El huracán *Juliette*: categoría 4, se desplaza hacia Baja California. Velocidad: 16 kph. Vientos sostenidos: 230 kph. Rachas: 270 kph. *Juliette*: deslaves y derrumbes sin pérdidas humanas. Comunidades anegadas.]

Es el kilómetro 12
de este puerto
aún extraño para mí.

Me atoro
por algunos segundos
en la mandíbula
del tiburón. La ciudad
o puerto: jaula
de aves, naufragio, el fastidio
antes de irse a la cama.

Un derrumbe de dialectos,
la presa a su máxima
capacidad, llena de peces.
Apretada
de tristeza y troncos. Y yo
en la contracción del tiempo,
sin estrategia

en medio de la lluvia.

[3 de marzo de 2002. Palma Sola: árboles antiguos extienden raíces, fracturan rocas. Palma Sola: petroglifos invadidos de plástico y basura, presencia humana. Palma sola: El Veladero.

La Mona: imágenes de plantas, humanos y algunos animales. Graffiti: “Bienvenidos a la cueva del infierno”. Rito: almacén de agua, recibir energía natural, altar a los dioses prehispánicos.

Palma sola: santuario con vista al mar.]

Las 24 horas del día me reúno
en este cerro, frontera de navegantes. Ensueño.

Tedio contemplando cuervos. Aquí,

mis antepasados hurgaron
la imaginación de un caballo, sueño confuso;

(enjambre de minerales y torsos enfermos)

aquí, muro de huracanes,
estallan alarmas y peces con hélices de acero,
la vida alterada por el silbido de los marinos.

La osificación de una imagen

y no salgo a presenciar el eclipse, desvanecimiento
de tornasoles y sombras. La vida se concentra

en este cerro: la bahía
es un cementerio de salmones,
piezas no identificadas.

[20 de diciembre, 2002. Biombo: viento detenido. Influencia oriental en

Acapulco.

Llegó a América a bordo de la Nao de China. Es un mueble para recuperar
intimidad, separa espacios, oculta. A la vez, es una ventana para contemplar
diversas visiones e historias.

Biombo: del japonés *byo* que significa protección, y *bu*, viento.]

Una casa que acumula viento.

Una casa: mapa, figura del mundo, piedra rayada.

Una casa donde contener la respiración, ensayar
posturas sexuales y transcribir teorías socioeconómicas.

Una casa como un barco a mitad del océano,
como un cuerpo sumergiéndose en la playa,
como un pájaro que alcanza el vuelo, inhala nubes
y cruza el puerto en caída libre.

[8 de julio, 2003. Ibrahim Ferrer, 1927, Santiago, Cuba. San Lázaro le cuelga en el pecho.

—Chico, si no llevo a mi Lázaro no me llevo yo. Éste es mi papá, mi todo, —dice frente a un altar al santo habitado por ron, miel y flores.

—Y de vez en cuando le enciendo su tabaco, porque él fuma, y le echo el humo. Trabajó de albañil a los 12 años, cantaba por las calles.

—Casi no me dejaban cantar. Me decían que la voz mía no era de cantante. En concierto: lloran los asistentes, mujeres le avientan calzones. Ibrahim ríe.]

Mi padre pintaba peces espada
en tardes de lluvia. De fondo un bolero,
un túnel por donde se escapó
mi primer recuerdo.

Visto. No visto. Un hombre fabuló
su infancia en trozos de ropa vieja.

La tinta le erosionó la carne
y desequilibró la concordancia de sus dedos.

La tinta: tripulante de árboles corpulentos
o dragones prehispánicos. Hombre
suspendido en el azar de los colores.

Tinta, juguete para copiar y pegar congojas en las paredes.

Un hombre reutiliza lágrimas, odiseas, doctrinas
que se acostumbran a la inmovilidad, acantilado,
árbol de mango con plaga, peñasco en negativo.

Mi padre encendía luces, lunas,
rostros bellos en horas de luto. Malbarató
sus pinturas en tiendas de paso
y perdió el talento un martes por la tarde.

[31 de mayo, 2004. Viernes por la noche. La Costera invadida por motociclistas. Un torneo de arrancones. Policías espían, interrumpe el paso rumbo a La Condesa, dirigen la circulación hacia cualquier calle cerrada. Viernes por la noche: motociclistas efectúan acrobacias a orilla de playa.]

Los tiburones furtivos, antiedad,
hilvanan sombreros en la periferia
del puerto, son algo incapaces
de sofocar el incendio de la iglesia.

Orinan las postales de Tarzán
en Acapulco
y ríen
con sus colmillos asimétricos.

También guardé comida para ellos,
un caballo, tres lomos de iguana.

Ya recuerdo la distancia, cortina
de humo, que nos separa, la violencia
exacta de sus aletas, el resplandor acre
en sus pupilas; mi paisaje bañado en sangre.

La noche llega con su peso tropical

y clavo calaveras en la playa.

El viento murmura.

Hace tiempo que el mar es mi artillería pesada.

Los tiburones alargan su nado, antihorario,

cabalgadura escaleras abajo; arrancan

las puertas como si el tiempo fuera

un acantilado sin fondo, pesadilla inmóvil,

un machete despedazando estatuas.

[18 de enero, de 2005. Promotores de lectura en busca de un precio fijo del libro, abaratamiento del producto. Un estímulo: política de fomento a la lectura en los sectores público y privado. Un estímulo: abaratamiento del precio del libro.]

Cuando leas esto se parecerá
tanto a lo que escribes, foto en secuencias
indefinidas e interminables, la transcripción
de hechos que una mujer le dijo a otra mujer
y llegó a mi oído, ¿o a mi pupila?

Nada le pertenece a nadie: “sólo de huesos
estará inundada tu tumba”, decía
mi abuela. Te parece haberlo escuchado
de tu abuela, de tu madre, de tu padre. El intertexto

es un lugar común que nos saca de un apuro,
asalto a mano armada, tu día antes
del día, la actualidad repleta de vacunas
y autoservicios, ojo por ojo, tema
de fondo, paratexto, el silencio que mana de mis dientes.

Pues yo conocí la rabia en los nudillos
de mi padre, enredado en la falda de mi madre
conocí el hambre, el sufrimiento
en una visita al dentista. Tuve hermanos
que a la fecha me son ajenos. Tuve
infortunios viriles en playas escondidas,
mujeres perfumadas de albahaca.

Cuando leas esto sólo guarda silencio,
que la lengua se te seque y tus dedos sean
devorados por la lepra: la palabra es
un bólido en línea recta
en busca de la muerte.

[7 de agosto, 2006. Un estudio australiano: los ácidos grasos de pescado reducen el impacto del envejecimiento en el cerebro humano y ayudan a perder peso cuando se consumen junto con un ejercicio moderado.

Universidad de Chicago: los ácidos grasos Omega 3 mejoran la función cerebral y previenen contra un derrame cerebrovascular.

Ácidos grasos: retrasan el envejecimiento del cerebro.]

Nunca sufrí un naufragio en este puerto.

Nunca me asaltaron frente a una cantina.

Nunca pesqué un sueño desde mi ventana.

Caminé de mar a cerro sin descanso, esquina
tras parada de autobús, de madrugada a tarde,
del hotel más caro a pie de playa hasta una casa de palo
a mitad de la montaña: fui. No falló la brújula.

Había que bañar en salsa a los moluscos
antes de llevárselos a la boca. Guardar silencio
frente a las aves que nos visitaban. Esconder
con atino los huevos de tortuga,
el torso vitamínico de las iguanas.

¿Por qué
este recuerdo deriva
en escándalo
de feria?

Llegué y los aborígenes vomitaron odio
en mi cara, diapasón, saña repetida
decenas de veces: escupí en sus puestas de sol
para cobrar venganza.

Me quedé a vivir, ahuequé el ala,
los tobillos, el acta de nacimiento
hasta toparme con pared, dialectos del trópico
sin registro, antropología por los suelos,
como si la escritura fuese un trámite inconcluso.

[27 de octubre, 2006. Guerrero: 120 muertes maternas durante 2005,

principalmente en zonas rurales de La Costa Chica y La Montaña.

Muertes maternas: complicación en el parto y el posparto, falta de acceso para trasladar a las mujeres a los hospitales y ofrecerles mejor atención médica.

Muertes maternas como costumbre: las mujeres tienen que alumbrar en sus viviendas, atendidas por parteras.]

Mi madre abandona la ciudad. El idioma
se zarandea en su vientre, desliz de loto,
inquilino. Observa el paso de los hombres y
destruye su conversación. Mi madre

atisba terremotos. Es capaz. Mantiene
la estría narrativa. Ocre. Templanza.
Restaura patios de malvas fragmentados
por la plaga. Calla cuando es necesario. Es

mi madre: iza velas bajo el huracán,
tararea las noticias del día y se acuesta
para continuar charlando con la abuela muerta.

A veces no le pone sal a la comida,

se excede de picante y reza
para que los rufianes
no arrojen una granada a la casa.

Mi madre se cubre de la lluvia, peaje, madriguera
genealógica donde suena una marimba. Es.
Una foto escondida a mitad de un libro. Un
asunto del pasado. Una taquicardia
que sufro cuando tomo leche. Mi madre

es la última palabra, lección, caída alegre
de la tarde. Se ahoga en sangre y
espejea en la ventana para cubrirse
de la brisa ruda del mar. No saluda.
Es un bambú libre de aflicciones.

[5 de marzo, 2007. Liviandad: Chris Martin flora en el Auditorio Nacional.

Levita de un lado a otro. Su primer concierto en México.

Las canciones se reflejan: Martin mastica el placer colectivo, se cuelga de su guitarra, intenta tener coito con su piano. Incendia el escenario cantando *Sparks*.

Los Coldplay sacan una cámara instantánea: –Estamos felices de compartir esta noche con ustedes. Disculpen, pero mi español es *a fucking shit.*]

Más aquella imaginación marina,
entre la nada y los pozos secos,
será presa de un huracán,
arroyo desbordado y estático,
puerto sin suerte ni palomas, puerto sin puentes
estables durante la turbulencia, puerto:

catástrofe

de agua y ceniza.

[21 de diciembre, 2008. La policía en Guerrero: 12 cuerpos decapitados.

La versión de la policía: durante la madrugada se encontraron nueve cabezas humanas en una bolsa negra junto a un centro comercial de Chilpancingo.

La policía y el mensaje: “Esta es una de cal por dos de arena. Por cada uno que me maten, les vamos a matar a diez”.]

Esa noche empezó el amontonamiento

de

los que se duermen con la luz encendida,

los que abordan autobuses de dudosa trayectoria,

los que le temen al sexo,

los que miran el mar y creen que revolotean

en la luna, los que nunca salen

de la provincia, los que almacenan periódicos

y fingen olvido, los que monopolizan el tiempo

como si de oro se tratara,

los que tienen la piel amarga,

los que pisotean hormigas y limpian estiércol
en hospitales privados, los que cantan

victoria sin declarar la guerra, los que

en silencio
andan por la vida.

ESTO NO ES UN REGISTRO DE ASESINADOS,
ES UN ARRECIFE DE ESPECIES FELICES.

Esa noche, fragmento, ¡que no
cunda el pánico!, presión celular por encima
de lo recomendable, cinco puntos
importantes de la siembra:

1. corro al encuentro de Dulcinea y niego que estoy muerto;
2. exibo mi cuerpo atlético sobre una tabla de surf,
a Dulcinea no le interesan las olas;
3. toco el plexo de Dulcinea, una bala me alcanza;
4. razono antes de la muerte:
las palabras se retraen en días nublados
más no en jornadas de pólvora;
y
5. sobreviví sólo porque usé palabras que Dulcinea
jamás leerá.

Esa noche me dijeron

que estaba muerto y pedí

una prueba fiable,

dactilar, prueba ácido-

desoxidorribonucleica

de tal suceso.

Después, el silencio.

[20 de junio, 2009. Treinta y cinco partidos sin derrota: la selección española iguala el récord mundial.

Treinta y dos victorias y tres empates: España iguala la racha de Brasil impuesta entre 1993 y 1996.]

Organismo, hueso abierto
sin anestesia de consuelo, espejismo,
la escupidera de burócratas y el olfato seco
de los animales de caza. Mientras

me resbaló en las piedras, día
nublado; alguien avanza en el pasillo, la sangre
de un marinero: limpiar la calle. Que

el hombre no pagó su boleto,
que el hambre no es una plaga, no carcome,
no hace ruido, timbal inservible: todo
se consume, un cigarro en ayunas, distopía,
el primer eructo
para pulir
el alba.

Las langostas se alejan en silencio. Alguien
quiebra un plato en el pasillo, me abandona.

¿Transcribir a un clásico para hablar de lo asocial,
del polvo en la página, la decadencia
de mitos tropicales? Es mi lengua, hipo,
laúd enterrando casas y niños: acumular
basura, tinglados, ritmos disímiles,
por la mañana.

Toco puertas. Cierro libros. Prendo
el televisor y la estufa. Llamo
a los transeúntes de la calle: es
mi lengua, molino, hervidero de molares.

Organismo:

mi lengua
se rompe
en el intento
de imitar
la muerte.

[19 de noviembre, 2010. El Museo Casa de la Máscara se ha convertido en una bodega y fue cerrado hace exactamente un año por el gobierno. La última colección fue retirada el pasado miércoles. Durante siete años lo visitaron turistas y grupos escolares. Fue sostenido por donaciones y préstamos. El museo: mil máscaras tradicionales apagadas por el polvo.]

De pronto, no puedes con el clima, catafixia
de arritmias urinarias, acelgas, canícula una vez
entrado diciembre. Con los ojos recorro

(mirar el techo para tragarse
minerales balsámicos, mirar
por conveniencia, poco convencido
del lenguaje binario disperso
en las calles, antropofagia, rabito
de felicidad, sudor)

la orografía de esta casa: el silencio
se esparce a la hora de la comida, en la siesta,
cuando cae la noche. Y luego

(apegarse al ladrido del tiempo, semilla

infecunda, caries en el borde
de lo que venden como alma,
apegarse
a las faldas de la madre
porque la miopía se asienta en quienes
temen al mar: huerta de soñantes)

nada queda, ningún rastro de lagarto, jaguar
en pena, tampoco queda la dentellada
de un tiburón pequeño
que aún no conoce el hábitat,
gatea,
baja la cabeza
y se precipita en la corriente.

[18 de diciembre, 2010. Así se termina el mundo. Así comienza el cuento.

En la aldea de Chagall, donde habla todo y todo está cubierto de plantaciones transgénicas, cuentos insurgentes habitan los oídos infantiles.

Bruno Bettelheim, a pie de fogata, cuenta la historia del pájaro verde que salva al niño arrojado por sus padres al mar.

Le dice: —Nunca serás abandonado.]

En el centro de la habitación

doy vueltas sin tregua,
asfixia, insomnio, dinamismo
mientras me suspendo en el aire.

¿

Quién soy cuando me

falsifico

para

- a) un documento oficial
- b) una entrevista de trabajo
- c) una cita médica
- d) una relación sexual
- e) una lectura en/sin público
- f) un paseo con mi hijo en brazos

?

Aquí estuve. Aquí
no estuve. Ipseidad. Aquí se rompe
la figura, paisaje naval,
confinamiento, ensayo: fragmentos

de una vida en un abrir
de página, callarse frente
al mar. Aquí converge

una pareja, infancia, el drama de vivir
bajo dos temporadas al año: lluvia-
calor-lluvia-calor. Aquí aposté
mi cuerpo y no pasé
el filtro de certificación.

Aquí estoy:
el silencio,
océano
que se evapora.

INSTANTÁNEA DE UN SER ALTERÁNDOSE

Me pesa

la maldición

del nacimiento.

No nací. Yo soy.

Y persigo

la historia de un dialecto

en ruinas, tilapia brillosa

al bañarla en aceite caliente.

No hay fatiga ni desdicha

en la punta de mi lengua.

No nací. Estoy:

un pájaro rasga

el aire.

Estoy a la espera

de una imagen, bostezo de dios.

Me desbarato

en el orden

establecido, orgasmo
quebranta huesos, sapiencia,
navío perdido en el cráneo
de la tarde.

Las primeras horas
de mi pensamiento, acto de magia,
ciclo de carbono, nadie
las entendió.

Entonces, nací.

VIVIR: TRANSFIGURARSE EN EL OTRO.